

# ***La noche viene sin ti***

**Julio Prado**

reseñado por

*Julia González Calderón*

University of Indiana, Bloomington

Julio Prado. *La noche viene sin ti*. Ciudad de México, México: Alfaguara, 2022. 288 páginas. ISBN 6073801912.

*La noche viene sin ti* es la ópera prima del escritor y abogado guatemalteco Julio Prado, quien se inspiró en sus propias experiencias profesionales en la Fiscalía de la República de ese país. La novela está protagonizada por el alter ego del autor, Gonzalo Ríos, un fiscal auxiliar en la Ciudad de Guatemala. El detonante de la acción son dos cambios profundos que experimenta Ríos: se convierte en padre por primera vez, junto a su esposa Lucía, y es trasladado a la Unidad de la Niñez y la Adolescencia, donde empezará a investigar toda suerte de violencias ejercidas contra la infancia. Pronto se topa con un monumental caso de tráfico de niños para adopciones internacionales, y centra en este todos sus esfuerzos. La acción de la novela, que está narrada en primera persona de forma cronológicamente lineal, se extiende desde la primavera de 2006 hasta diciembre de 2007, y se estructura en capítulos breves que van encabezados por la fecha de los acontecimientos. La obra cabalga entre el *thriller* judicial, la novela de detectives y la autoficción, y constituye una notable adición al creciente corpus de producción cultural contemporánea que problematiza la cuestión de las adopciones ilegales y el tráfico de niños en Guatemala, como el filme *Ixcanul* (2019) del cineaste Jayro Bustamante, la novela *The Long Night of the White Chickens* (1992) de Francisco Goldman y, de forma más secundaria, *Moronga* (2018) de Horacio Castellanos Moya, *Que me maten si...* (1997) de Rodrigo Rey Rosa y *A veces despierto temblando* (2022) de Ximena Santaolalla, además del estudio monográfico *Until I Find You: Disappeared Children and Coercive Adoptions in Guatemala* (2024) de la historiadora Rachel Nolan. La novela de Prado, además, conforma, junto con *Un hijo cualquiera* (2022) de Eduardo Halfon y *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa, parte de un emergente corpus narrativo guatemalteco sobre la paternidad.

En la narración de las actividades laborales diarias del protagonista, el autor construye una crítica hacia el sistema de justicia guatemalteco, la escasez de recursos con

que cuentan sus profesionales, y la nula ética profesional de muchos empleados. La crítica social, sin embargo, se centra en los abusos a que miles de niñas y niños guatemaltecos y migrantes son sometidos, y, especialmente, al tráfico de niños que existió en Guatemala hasta el 2007 mediante el negocio de las adopciones privadas y al contexto socioeconómico en que se dieron. Los defensores de las adopciones internacionales declaran a Gonzalo que este proceso es un servicio positivo para la comunidad, pues, de otro modo, esos niños crecerían para convertirse en pandilleros y criminales: el autor señala de forma aguda hasta qué punto está normalizada en Guatemala la criminalización de las infancias pobres: incluso bebés víctimas de tráfico de personas son señalados como futuros mareros por haber nacido en la pobreza.

Al investigar los casos de violencia contra la infancia y el tráfico de niños, Ríos se va adentrando en el territorio más oscuro de la realidad guatemalteca. Animado por un fortísimo sentimiento de urgencia ética, pasa todo su tiempo disponible dedicado al trabajo, tratando de ofrecer justicia a un niño más. El protagonista se construye entonces a la sombra del arquetipo habitual de detective neopolicial latinoamericano: como los investigadores de Leonardo Padura, Paco Ignacio Taibo II, Mempo Giardinelli, Ramón Díaz Eterovic o, para situarnos en el Istmo, Daniel Quirós, Ríos es un héroe que lucha en solitario contra fuerzas mucho más poderosas que él, pero que insiste, pese a todo, en perseverar en esa lucha. La novela se cierra con la resolución satisfactoria de un caso, el de la niña Esthercita, que articula todo el argumento, que es, por otra parte, más bien episódico y fragmentario. Regresando a su despacho, sin embargo, el joven fiscal observa los cientos de casos que le esperan sobre su escritorio, destacando que, pese a victorias puntuales, la violencia contra la infancia es abrumadoramente dominante en el país. La novela concluye con el investigador preparándose para tratar de ofrecer justicia a un niño o niña más en medio de una marea de casos: se inserta así la obra en lo que el académico Fabrizio Tocco ha denominado una estética del fracaso, propia del neopolicial latinoamericano en que el detective insiste en luchar contra “el mal” pese a su enorme desventaja.

Gonzalo, conocedor de forma íntima la realidad menos amable de su país, navega con dificultad la transición entre los dos mundos que delinea la novela: el de la domesticidad, retratada como cálida, luminosa y tierna, y determinada por la familia y el amor; y el del crimen contra las infancias, marcado por el horror de la violencia y la oscuridad, pero en el que alguien, un héroe, debe adentrarse para salvar a los niños. Conciliar ambos mundos resulta, finalmente, imposible, y Gonzalo entiende que su destino es el de perseverar en la lucha por la justicia, dejando atrás y a salvo de tales sombras a su familia, pero planteando una paradoja irresoluble, pues en su esfuerzo por defender los derechos de los niños en Guatemala y convertirse así de modo simbólico en el padre protector de las infancias vulneradas del país, Gonzalo cae en las dinámicas de paternidad irresponsable que él mismo, que fue abandonado por su propio padre, critica. Dedicar todo su tiempo y su energía al trabajo, hasta que su matrimonio se rompe de forma irreparable y su mujer se separa, llevándose a su hijo.

Para el narrador, el concepto de justicia va ligado no solo al proceso institucional, sino, en última instancia, también al acto de ejercer la palabra y narrar las historias más negras (o más *noir*) de la realidad infantil guatemalteca. Para Gonzalo, su trabajo se reduce a reunir los datos acerca de un caso y luego ser capaz de relatar el caso ante un juez: le

“quedó claro que lo que tenía que hacer era narrar bien” (26). La novela apunta así a la necesidad de narrar las injusticias sociales y las opresiones que viven los niños y niñas de Guatemala, y asume una función de crítica social, destacando que, en Centroamérica, la literatura continúa siendo empleada como un mecanismo de denuncia y una demanda de justicia. En *La noche viene sin ti*, Julio Prado trata de restaurar la dignidad de todos los niños a quienes no pudo ofrecer justicia, pero puede ofrecer, ahora, sus historias.